vuestro amo, les conduce, y no quiere oir el ruido de vuestras cadenas.

(Los prisioneros vuelven á tomar sus instrumentos de trabajo y se acoplan en silencio, saliendo de escena. Guanhumara reaparece en la galería y les sigue con la vista. En el momento en que los prisioneros desaparecen, entran por la gran puerta Otberto, Regina y Eduvigis: Regina, vestida de blanco; Eduvigis, la vieja nodriza, vestida de negro; Otberto, en traje de capitán aventurero, con espada de mano y mandoble. Regina, joven, pálida, abrumada y arrastrándose para andar como una persona enferma y casi moribunda. Se apoya en el brazo de Otberto, que la sostiene y fija en ella una mirada llena de angustia y de amor. Eduvigis la sigue. Guanhumara, sin ser vista de ninguno de los tres, les observa y les escucha algunos instantes; luego sale por el lado opuesto á aquel por el que había entrado.)

push! Suggeste un caleniariente que ve pusheles

Specience at trabial lead to her her her agreed



ESCENA TERCERA

OTBERTO, REGINA; á intervalos EDUVIGIS

OTBERTO

Apoyaos en mí. Así, andad poco á poco. Venid y os sentaréis unos instantes en este sillón. (La ayuda á sentarse en el sillón, cerca de la ventana.) ¿Cómo os encontráis?

REGINA

Mal. Tengo frío. Tengo estremecimientos. Este festín me ha trastornado. (A Eduvigis.) Mira si alguien viene. (Eduvigis sale.)

OTBERTO

Nada temáis. Beberán hasta que apunte el nuevo día. Pues ¿por qué habéis asistido á este festín?

REGINA

Hatto ...

OTBERTO

¡Hatto...!

REGINA, calmándole

¡Más bajo! Habría podido obligarme. Soy su prometida.

OTBERTO

Pues debíais haberos quejado al viejo señor; Hatto le teme.

REGINA

¿Y qué hubiera evitado?... De todos modos voy á morir.

OTBERTO

¡Oh! ¿Por qué habláis de esas cosas?

REGINA

Sufrir, soñar, morirse luego. Tal es el destino de la mujer:

OTBERTO, señalándole la ventana

Contemplad esta hermosura.

REGINA

Sí, el Poniente se inflama. Estamos en el otoño y es la hora del crepúsculo. Por todas partes caen las hojas y se ennegrecen los árboles.

OTBERTO

Las hojas renacerán.

REGINA

Sí. (Como soñando y contemplando el cielo.) ¡Aprisa! ¡A todo vuelo! ¡Oh, qué tristeza da ver volar las golondrinas! Se van allá, al dorado Mediodía.

OTBERTO

Volverán.

REGINA

Sí. Pero yo no veré volver las golondrinas ni renacer las hojas.

OTBERTO

¡Regina!

REGINA

Acercadme más á la ventana. (Le da su bolsa.) Otberto, echad mi bolsa á los pobres prisioneros. (Отвекто arroja la bolsa por una de las ventanas del fondo. Ella continúa fija la vista en lo exterior.)

Sí, que es hermoso el sol. Sus rayos—los últimos—coronan la cima del Tauno; el río resplandece; el bosque se rodea de esplendores, y arden allá abajo los vidrios de las cabañas. ¡Qué hermoso! ¡Qué grande!

¡Qué encantador, Dios mío! ¡La naturaleza es un chorro de vida y de luz!... ¡Oh! ¡Y yo soy huérfana y nadie puede salvarme, y estoy sola en el mundo y me siento morir!

OTBERTO

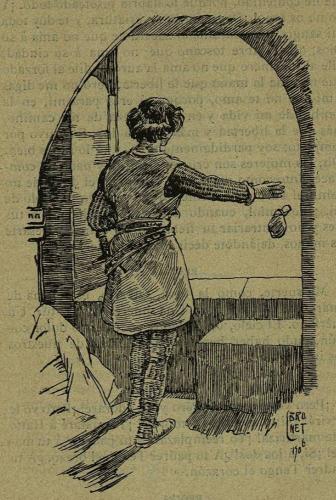
¡Vos, sola en el mundo! ¿Y yo? ¿Yo, que os amo?

REGIN

¡Sueño! ¡No, vos no me amáis, Otberto! ¡La noche llega! ¡La noche! Voy á sepultarme en ella. Ya me olvidaréis después.

OTBERTO

Pero yo, que moriria y me condenaría por vos, yo no os amo? ¡Oh! ¡Me desespera! Desde hace un año, desde el día en que, llegando á este castillo, os vi en medio de estos bandidos celosos, os amo. Mis ojos se levantan hacia vos, en este sombrio castillo, lleno de crimenes sin cuento, como al único lirio del barranco v al único astro de la noche. Sí; yo me he atrevido á amaros á vos, condesa del Rhin. A vos, prometida de Hatto, el conde de corazón granítico. Ya os lo he dicho, no soy más que un pobre capitán; hombre de espada firme, pero de raza incierta; tal vez menos que un siervo, tal vez tanto como un rey. Pero todo cuanto soy, vuestro es. Abandonadme y muero. Dos sois en el castillo los seres á quien amo: vos ante todo, antes que á mi padre mismo, si por ventura lo tengo, y luego (mostrando la puerta del torreón) este anciano, encorvado bajo el peso de un pasado siniestro. Dulce y fuerte, abuelo desdichado de una familia horrible, toda su alegría la ha puesto en vos, joh, noble mujer; en vos, su último culto y su última llama, aurora que blanqueáis el dintel de su tumba! Yo, soldado cuya cabeza se inclina al peso de la suerte, os bendigo á los dos, porque á vuestro lado la olvido; y mi alma, agarrotada por una ley fatal, cerca de él se



siente grande y cerca de vos se siente pura. Ahora habéis visto claro dentro de mi corazón. Sí, lloro y sufro, y, además, tengo celos. No hace mucho, Hatto os miraba, os miraba de hito en hito; y yo, yo sentía subir rugiendo mi odio desde mi corazón á mi cabeza. Me he contenido, porque lo habría pisoteado todo. ¡Y yo no os amol ¡Dame un beso, criatura, y te doy toda mi sangre! Regina, dile al sacerdote que no ama á su Dios; dile al libre toscano que no ama á su ciudad; dile al marinero que no ama la aurora; dile al forzado que no ama la mano que le liberta, pero no me digas á mí que no te amo, porque tú eres para mí, en la sombra de mi vida y en la aspereza de mi camino, más que la libertad y más que la luz. Soy tuyo por completo; soy perdidamente tuyo, y tú lo sabes bien. ¡Oh, las mujeres son crueles siempre y nada les complace tanto como jugar con el alma y el dolor de un hombre! Pero perdóname, tú sufres y yo te hablo de mí, ¡Dios mío!, cuando debería arrodillarme á tus pies y no contrariar tu fiebre ni tu delirio y besarte las manos, dejándote decir lo que quisieras.

REGINA

Mi suerte, como la tuya, Otberto, está llena de amargura. ¿Quién soy? Una huérfana. ¿Y tú? Un huérfano. El cielo, uniéndonos en nuestro dolor común, pudo haber hecho una felicidad de nuestros dos infortunios. Pero...

OTBERTO

¡Pero yo te amaré! ¡Pero yo te adoraré! ¡Pero yo te serviré! ¡Si tú mueres yo moriré! ¡Yo mataré á Hatto si te martiriza! ¡Yo reemplazaré á tu padre y á tu madre! ¡Sí, á los dos! ¿A tu padre? Tengo el brazo. ¿A tu madre? Tengo el corazón.

REGINA

¡Oh, gracias, dulce amigo! Veo toda tu alma: la voluntad de un gigante y el corazón de una mujer;

así eres tú, Otberto, de los pies á la cabeza. Pero, á pesar de todo, nada puedes hacer por mí.

OTBERTO, levantándose

¡Sí!

REGINA

No, nada. No es á Hatto á quien debes disputarme. Mi prometido me abrazará sin querella y sin lucha, y tú no podrás vencerle, aunque eres bravo y fuerte, porque mi prometido, Otberto, es el sepulcro. Ahora que piso el dintel de mi noche más profunda, quiero hacer de lo mejor que hay en mí dos partes iguales, la una para el Señor, la otra para ti. Ven, amigo, quiero que coloques tu mano sobre mi cabeza y quiero decirte, en los comienzos de mi hora suprema: Otberto, mi alma á Dios, mi corazón á ti. ¡Te adoro!

EDUVIGIS, entrando

Alguien viene.

REGINA, á EDUVIGIS

Vamos. (Da algunos pasos hacia el pequeño portón del muro, apoyándose en Eduvigis y en Otherto. Al lado mismo de la puerta se detiene y se vuelve, diciendo:) ¡Oh, morir tan joven es espantoso! ¡Nosotros que pudiéramos haber vivido juntos, amantes y felices! ¡Otberto mío, quiero vivir! ¡Oye mis súplicas! ¡No me dejes caer sobre esta losa fría! ¡La muerte me da miedo! ¡Sálvame, amor mío! ¿Podrás salvarme? ¡Dime!

OTBERTO

¡Vivirás! (Sale Regina con Eduvigis. La puerta vuelve á cerrarse. Otberto parece seguir con los ojos y hablar á Regina, aunque

ya ha desaparecido.) ¡Morir tú, tan joven, tan bella y tan pura! No; aunque tuviera que dar mi alma al diablo, tú vivirías. Te lo juro. (Distinguiendo á Guanhumara, que desde hace algún rato está inmóvil en el fondo.) A punto llegas.

ESCENA CUARTA

OTBERTO y GUANHUMARA

OTBERTO, dirigiéndose á GUANHUMARA

Guanhumara, dame tu mano. Te necesito. Ven.

GUANHUMARA

Sigue tu camino.

OTBERTO

Escúchame.

GUANHUMARA

¿Vas á preguntarme otra vez por tu país y por tu familia? Pues bien, lo ignoro. ¿Si tu nombre es Otberto? ¿Si tu nombre es Yorghi? ¿Por qué transcurrió tu infancia en un destierro? ¿Si niño todavía, te encontré en país corso ó en tierra alemana? ¿Por qué te hice venir á este castillo? ¿Por qué yo misma me atreví á reunirme contigo, ordenándote que afectaras no conocerme? ¿Por qué, aunque Regina ha obtenido mi libertad de nuestro amo, yo insisto en llevar la cadena al cuello y los grillos en los pies? ¿Qué soy yo, corsa, esclava, mora ó judía? No te quiero responder ni añadiré una palabra. Delátame si quieres. Pero no, yo sé bien que no me harás traición; porque, aunque no-